

The illustration depicts a young girl with dark hair, wearing a blue patterned dress and a black backpack, walking through a city. The city is rendered in a hazy, light blue and green palette, with buildings and a large orange bus visible. A white paper airplane is flying in the sky. The overall style is soft and painterly.

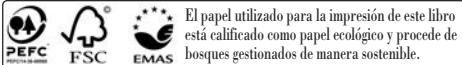
Harkaitz Cano

El mundo está roto
pero se puede caminar

Ilustraciones: Isabel Herguera

erein

El mundo está roto
pero se puede caminar



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

1. edición: Octubre de 2023

Maquetación:

Erein

Ilustraciones de cubierta e interior:

Isabel Herguera

© del texto: Harkaitz Cano

© de las ilustraciones: Isabel Herguera

© EREIN. Donostia 2023

ISBN: 978-84-9109-923-9

D. L.: D 928-2023

EREIN Argitaletxea.

Tolosa Etorbidea, 107. 20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Impreso en: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9. 20560 Oñati

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: gertugrafika@gmail.com

www.gertu.net

Harkaitz Cano

**El mundo está roto
pero se puede caminar**

Basado en una idea teatral de Fernando Bernués

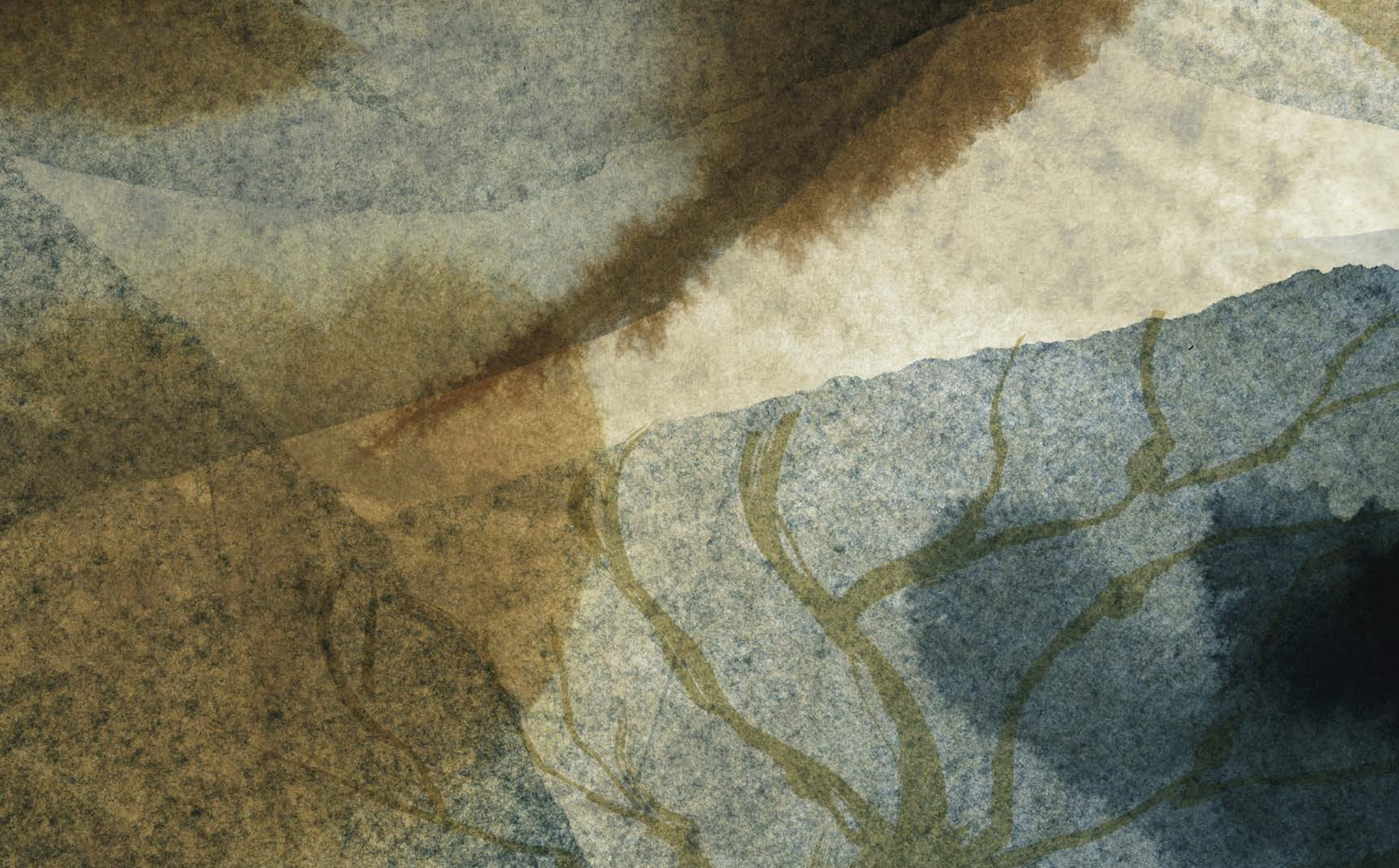
Ilustraciones: Isabel Herguera

ere in

Para Fer y para Laia

Prometes devolver el libro.
Prometes volver.
¿Qué otras instituciones funcionan
basándose en tan buena fe?

Myriam Toves, *Pequeñas desgracias sin importancia*





1

Todo empezó con un paisaje.

—Es bonito —dijo mi madre—. ¿Qué es?

—¿Cómo puedes decirme que es bonito si no sabes lo que es?

Ella me dijo que esas cosas se saben y que no es preciso entenderlas.

—¿De dónde es el paisaje?

—De un sitio.

—¿Un páramo? ¿Una ciudad? ¿Una montaña? —insistió.

—Míralo —le dije—. Está todo ahí. ¿No ves el bosque?

Yo quería colgarlo en la pared, pero no con una chincheta o con cinta adhesiva. Colgarlo, pero colgarlo *de verdad*, con clavo y todo, como los cuadros de Sopicca en los museos.

Mi madre dijo: «Querrás decir Picasso», y mi padre: «Si lo repites muchas veces da lo mismo Sopicca que Picasso».

Era un juego tonto que teníamos cada vez que veíamos un cuadro suyo, o íbamos a un museo o comíamos *sopica* de estrellas o *sopica* de pescado.

Yo tenía mis juegos con mi padre y mi padre tenía otros juegos con mi madre.

También había muchos juegos que compartíamos los tres.

Mi madre y mi padre me enseñaron que, por muy pequeña que sea una casa y por muy pocos muebles que quepan, la cantidad de juegos de palabras que caben en ella puede ser infinita.

2

Antes de escribir, dibujaba. Como para escribir, para dibujar también la mano hace un gesto.

El gesto hace el dibujo y el dibujo corrige el gesto.

Todo empezó con un paisaje. Y con la demolición de aquel paisaje.

3

Estaba tan contenta con aquel dibujo que quería darle un lugar de privilegio en casa. Mi madre me dijo que ya veríamos, que es la forma poco disimulada que tienen las madres de decir que no: «Ya veremos».

Al ver que yo insistía, empezó a poner excusas. Que hacía falta una escarpia, un tirafondo y no sé qué más... Propuse ir a la ferretería, pero era domingo y dijo mi madre que mañana, que es otra forma de decir que no: «Mañana iremos». Pero yo insistí y ella prometió que al día siguiente iríamos seguro, y que después nos pasaríamos por la biblioteca; y yo pensé –confieso que pensé–, «¿Libros? ¡Qué aburrimiento!». Pero, en vez de eso, dije: «Bueno, *ya veremos*».

Y mi madre se rio, porque la había pillado en su propia trampa y es la última risa de mi madre que recuerdo y que no olvido ni olvidaré jamás.

4

—Isma, ¿te importa ir a la ferretería con la niña? Dice que quiere colgar su dibujo... Luego podéis pasaros por la biblioteca, tengo que devolver un libro.

—Hoy no puedo, Inés. Tengo turno de tarde...

—Vale, ¡iré yo a todo correr después del instituto, como siempre!

Hay veces en que los padres se hablan dándose la espalda, mientras cada uno hace sus cosas, incluso desde habitaciones distintas. Siempre me ha parecido fascinante. Claro que es mucho más fácil cuando vives en una casa pequeña.

Mi madre daba clases de biología, le gustaba recoger hojas secas en otoño y amaba a los pájaros. Era puntual como un reloj de cuco.

Esperé y esperé en la puerta de la ferretería, pero aquel día mi madre no llegó.

Entonces sonaron unas sirenas y alguien dijo: «Esa debe de ser la hija».

No fuimos a la ferretería. No fuimos a la biblioteca. No colgamos ningún cuadro.

¿Por qué insistí? ¿Tanto me importaba colgar el cuadro? Si no me hubiese empeñado, quizá mi madre aún estaría aquí.

Mi padre intentaba consolarme, pero yo no dejaba que se acercase a mí.

—¿Por qué te fuiste a trabajar? ¿Por qué nos dejaste solas?



5

La casa se llenó de gente a la que yo no quería ver.

¿Dónde estaba mi madre?

¿Y mi padre? ¿Dónde estaba?

Y yo, ¿dónde me había metido yo? El mundo había cambiado y no era capaz de encontrarme; como si me hubiesen echado encima un jersey de lana demasiado grande y pesado con las mangas muy largas y sin ningún hueco al final para sacar las manos.

Entonces alguien dijo:

—Oihana está devastada.

Oihana soy yo, y yo no sabía qué era estar devastada.

Los bosques, cuando están devastados, no tienen árboles, y así era como estábamos mi padre y yo.

Un paisaje. La demolición de ese paisaje.

Te faltan las palabras. O lo que es lo mismo: te sobran todas.